



postura del crítico francés se ve enriquecida—a mi modo de ver—a través del desarrollo que de ella hace nuestra autora. A reserva de profundizar un poco más en los fundamentos y en el desarrollo de la parte teórica de este libro, destaco ahora el segundo aspecto por el que me parece fundamental la obra que hoy comentamos. Ésta es la riqueza que supone el no encerrarse en la literatura de una sola lengua sino el trabajar comparando distintas literaturas, con objeto de establecer relaciones y de dar mayor luz sobre el fenómeno de la literatura en general. Este libro, que comenzó como una tesis doctoral de la Universidad de Harvard sobre literatura comparada, permite ver la utilidad de que existan en toda institución universitaria de educación superior programas o departamentos de literatura comparada, puesto que esto evita la tendencia a estudiar y a analizar primordialmente la literatura de la lengua propia. No hay que olvidar que los críticos literarios que se mueven cómodamente en varias literaturas no son muchos.

La necesidad de estudiar comparativamente factores diversos de las obras literarias no se reduce a un ejercicio únicamente sano pero no indispensable, sino que representa el verdadero entendimiento de lo que es el fenómeno literario. Reducimos a una sola literatura podría parecer, en casos extremos, que es creer que el arte no está interrelacionado.

Quisiera destacar especialmente los aciertos más notables de esta obra en el campo de la teoría del significado. Con gran frecuencia, cuando tenemos en la mano una obra de crítica literaria que pretende tener una base teórica importante y desde ese andamiaje pretende realizar un análisis, lo que vemos (con honrosas excepciones) es que de teoría hay muy poco y que el enfoque crítico está totalmente ausente. El libro de la profesora Pimentel es, pues, una excepción. Por desgracia, lo más frecuente en gran parte de la crítica literaria que pretende estar construida sobre una base conceptual teórica es reducirse a una especie de recetas de aplicación de teorías, que en muchos casos sólo han sido comprendidas, pero no cuestionadas ni menos reelaboradas.

En contraste con esta situación, *Metaphoric Narration* deja ver que su autora conoce los enfoques sobre el significado, propios no sólo de la literatura sino también de la filosofía, de la semiótica y de la lingüística. La importancia que tiene relacionar estas disciplinas es, desde mi punto de vista, fundamental. No creo que pueda hablarse de significado ni menos de metáfora—que es un tipo o un aspecto del significado que representa una de las complejidades más grandes y más interesantes de las lenguas naturales—sin tener una base sólida en todas estas disciplinas. No ha dado resultados muy productivos en lingüística hablar de significado si no se sabe lo que los filósofos han hecho durante siglos sobre el tema. No es sano hablar de semiótica si no se sabe qué es filosofía y, por último, no creo que sea posible hablar de significado literario si no se sabe lo que es significado lingüístico o simplemente, significado a secas. Con esto

quiero decir que, también teóricamente, la autora se sabe mover desde un enfoque comparativo en varias disciplinas, cualidad que no abunda. No es raro que el lingüista no sepa filosofía, el filósofo no sepa lingüística, o que algún semiotista pueda llegar a creer que la filosofía y la semiótica son ramas independientes del conocimiento.

Por el contrario, el armazón conceptual que logra construir Luz Aurora Pimentel, es sólido. Lo oscuro de muchas teorías no está presente aquí. Resulta estimulante, por ejemplo, percatarse de que los términos técnicos que se usan nunca son etiquetas vacuas, sino que siempre representan conceptos coherentes, rigurosos y claros. El lector puede establecer relaciones, por ejemplo, entre «la metáfora como fenómeno bi o pluri-isotópico» y la concepción de Max Black, quien piensa que la metáfora no sólo crea nuevas relaciones de sentido sino que descubre relaciones en la misma realidad, que antes de producirse tal o cual metáfora no habían sido vistas.

Me parece que muchos de los que nos acercamos al mismo tiempo a diversas teorías del significado y a la literatura, sabemos que ese fenómeno que se ha llamado metáfora es una especie de productor de significado, y ¿por qué no? de conocimiento, y yo añado, propio no sólo de la literatura sino de las lenguas naturales. En la literatura, el fenómeno es muy usado y lo vemos manejado con un alto grado de funcionalidad y de refinamiento comunicativo por los grandes escritores, como en este caso, Proust. Lo que en la lengua coloquial podría ser un diamante antes de ser pulido, lo vemos en Proust ya trabajado, pulido, afinado, de manera que le permite transmitir la complejidad de su pensamiento y de su sentimiento.

El procedimiento metafórico en el lenguaje, como todos los demás procedimientos para crear significado, pueden verse como una gradación. Cualquier hablante puede, ya transmitir un pensamiento a través de una oración pobre o mal construida que difícilmente traduce su intención, ya transmitirla en una oración perfectamente bien construida, o aún más, ya transmitirla construida magistralmente, de manera que comunique intensamente al otro lo más profundo de lo que el emisor siente o piensa.

Esta pequeña digresión es—finalmente—para recalcar que este libro, al haber desarrollado sólidamente una postura teórica sobre la metáfora narrativa y al haberla probado en su análisis, enriquece no sólo a la crítica literaria sino a la teoría del lenguaje y a la del significado, en general.

**BEATRIZ GARZA CUARÓN**

*El Colegio de México*